

## Huellas en la nieve

Regresó un veinte de enero que nevaba a todo nevar. Las suelas de las botas quedaron marcadas abajo, en el andén. “Van a durar poco, –pensó Vicente– con esta manera de caer se borrarán enseguida”. Lo que no se planteó es porqué miraba ahora sus huellas frente a la entrada de la estación si nunca antes lo había hecho. Tampoco se fijó que alguien descendía también del tren dos vagones más atrás. No había visto nevar de manera tan copiosa en mucho tiempo ni llevaba esas botas militares la última vez que subió a otro vagón, en ese mismo sitio, cuatro años antes. Sus pisadas no se marcaron entonces, ni las de su padre que le acompañaba, nadie más iba con ellos. Su marcha fue casi una huida. Un par de años enrolado en el ejército, dando tumbos por el norte de África, y otros más en la Escuela Militar, de la que volvió con uniforme de campaña y dos estrellas de teniente en las hombreras, eso le hacía mantener su orgullo. ¿Cómo olvidar lo que le costó ganarlas? Las seis puntas de cada estrella le recordaban las afiladas saetas que había tenido que soportar, aún reconociendo que los veinticuatro meses de academia fueron los menos graves. Llegar a oficial fue todo un triunfo por el duro entrenamiento; más horas que la luz del día. Donde sólo fue capaz de sentir amor por la infantería y las armas pesadas, lo que le había mantenido firme en su empeño, y se sintió un ser importante, sabedor de que ya tenía un destino en su vida, lejos de allí, en otra ciudad. Los carros de combate habían sido su pasión y en unos días se incorporaría a su nuevo regimiento para dirigir una compañía de algo más de ciento veinte hombres.

No le esperaban en el pueblo, pues no escribió ni dio razón alguna a padres ni hermanos de su regreso. Quería darles una sorpresa y quiso caminar marcando el paso, desde la estación, los setecientos y pico metros que conducían hasta la casa de su infancia, de su juventud, de sus pesares y castigos como el más rebelde y travieso de los tres hijos de Antón el guarnicionero. El mayor, Ángel, trabajaba con su padre componiendo aparejos para los animales de labranza, sillas de montar y albarcas para el trabajo en el campo. El más joven, Paquito, saltando de un sitio a otro, unas veces en la azucarera de remolacha de la región, y otras recolectando en el campo o en la huerta, en los olivares o en los azafranes, excepto en pleno invierno cuando las nieves lo cubrían todo. Para este hermano, el más pequeño, Vicente había sido siempre su ídolo hasta que se fue, pero poca gente más le aguantaba por su mal carácter.

Se detuvo al ver la puerta del único bar del pueblo que había cambiado muy poco, aunque tuviera otro patrón. Sus huellas se cubrirían pronto pues seguía nevando. Vio unas cuantas casas nuevas en las afueras, y una carretera ya sin tráfico que había dejado al pueblo algo más dormido que antes. Todos los parroquianos, sentados alrededor de las viejas mesas, volvieron la cabeza al ver entrar al nuevo visitante, sacudiéndose los copos de nieve de la guerrera, sin llegar a reconocerle. Cuando supieron quien era muchos creyeron que volvía para ver aún viva a su madre, bastante enferma... lo cierto es que él no supo nada hasta entonces.

Algunos le felicitaron por su nombramiento al tiempo que le informaban. A sus veintitrés años Vicente seguía con esa cara de niño de antes, con ese aire de indolencia que contrastaba ahora con su uniforme. Díscolo y tarambana con todos, siempre aparentó menos edad de la que tenía. Las chicas, en cambio, le tenían un cariño especial por su apariencia angelical. Pero la cara no le hacía honor a su alma, vino a decir su hermano mayor en cierta ocasión, era lo mismo que otros también pensaban.

Silvia siempre estuvo enamorada de Vicente, y éste se aprovechó del apasionamiento y voluntad de su prima. Una de las razones de su marcha. Amigos no

tenía, pocos le soportaban. Cuando Vicente se fue con esas ganas de conquistar otros mundos, ella no recibió una sola nota. Preguntó varias veces por él a sus hermanos, seguía esperándole día tras día como la Ariadna abandonada por Teseo, cuyo hilo ya se ha roto.

“Unos meses después de tu marcha, Silvia se fue de aquí sin dejar rastro y nadie ha vuelto a saber más de la prima”, –le había dicho su hermano pequeño en una breve carta, aunque Vicente nunca le preguntó por ella.

La madre, que venía recayendo día a día, sin que la medicina pudiera hacer ya gran cosa, no resistió. A pesar de las nevadas continuas asistieron a los funerales casi todos los vecinos del pueblo, y acudieron familiares de dentro y de fuera.

Cuando Silvia se apeó del tren, en la estación, esa misma mañana, llevaba de la mano a un niño de unos tres años, en el andén se marcaron también las huellas de otras botas, mucho más pequeñas, al lado de las que la nieve aún no cubría. Era un veinte de enero que nevaba a todo nevar.

**Pedro Mateos**